

Alone, Maestro Nacional De la Crítica Literaria

ALONE celebra hoy —once de mayo— ochenta y cinco años admirables y gloriosos y sesenta y siete de pasmosa fecundidad y de incesante e ininterrumpida labor en el ámbito del pensamiento y de las letras.

Ningún escritor como él ha calado más hondo ni ha subido más alto. Indiscutido e indiscutible mentor de artistas y escritores. "Maestro nacional de la crítica", le llamó Neruda. "El más leído de todos los comentaristas de libros", a juicio de Silva Castro. Y "el crítico más destacado de la historia literaria nacional", al parecer de Hugo Montes. "Mérito suyo es —según González Vera— dar un sitio en la literatura... Es como si fuera rey y le diera a alguien el título de conde".

Alone, en su soledad, recupera su paz y su sol. Bien sabe que el silencio nada vale sino lleva dentro de sí clavada la emoción de una voz entrañable. Como en San Juan de la Cruz su soledad está colmada de resonancia, porque a través de toda una vida ha logrado llenarla de su pensamiento y de su rica vida interior.

No quisiera llegar hasta su casa —en esta efeméride de tanta significación para las letras chilenas— solo y con las manos vacías. Mi visita, lo presiento, será más grata si me hago acompañar del recuerdo de viejos amigos que en un momento de sus vidas le entregaron lo mejor de su espíritu. Algunos con timidez, otros con fe reposada y serena, los más con interrogadora esperanza. A ninguno defraudó. Estimuló a centenares. A muchos condujo de la mano hasta el sendero firme del renombre y de la fama.

Hurguemos en los viejos anaqueles de su biblioteca, y al azar espigüemos entre sus libros.

En primer término, y cual pila bautismal del futuro, ALONE surge "Un remordimiento", recuerdo de juventud de Mariana Cox de Stüven (Shade). Dos líneas hondas y sugerentes: "De la sombra inquieta a la sombra benefactora. Hider, 1909". Desde esa lejana fecha hasta el presente, el calendario registra sesenta y siete años de la más portentosa vocación creadora.

En la enrocijada inicial de su vida, protagonizada, precisamente, por "La sombra inquieta", Gabriela Mistral le tiende sus manos sin dobleces. "Breviario del corazón", en su libro; oloroso y dolorido; una de las más exquisitas y lacerantes hechuras de arte y de vida que he leído", le manifiesta conmovida.

Sigamos hurgando. Nos sale al paso, en seguida, Francisco Antonio Encina, el historiador-esteta, con su "Portales", de tanta vigencia en el presente, como en el ayer inmediato, en el que fue creado y concebido. En su primera página, leemos: "A Hernán Díaz Arrieta, sin cuyo entusiasmo, "Portales" habría corrido la misma suerte de sus

hermanos, con los agradecimientos de su afmo. amigo". Años después, en su "Historia de Chile": "A Hernán Díaz Arrieta que ha levantado la crítica literaria chilena a la más alta cumbre en la América española, con mi reconocimiento por su inteligente ayuda en la áspera lucha contra la historia tradicional".

Cercano a Encina encontramos a Joaquín Edwards Bello, con sus celebradas "Crónicas" y tantas otras producciones que lo condujeron al Premio Nacional de Literatura. Detengámonos en la portada del "Monstruo", tan brillante por su animación y colorido. Allí resalta su letra firme y clara: "Al señor Hernán Díaz Arrieta. Conservo su crítica de "Tres meses en Río" como un recuerdo grato y simpático. Es tal vez la crítica sobre libros míos que más quiero. Dice Ud., entre otras cosas agradables, que tenemos afinidades de sangre. Quizás por ese motivo nos sentimos ambos impulsados a actuar en el campo de las letras. Tenemos en la sangre ese algo misterioso y divino; ese soplo que nos lleva hacia "El Arte". Por esa afinidad y por la simpatía que tengo por Ud., vayan estas páginas con un saludo afectuoso".

Y ya que nos encontramos en el vasto campo de los Premios Nacionales, acerquémonos a Benjamín Subercaseaux, quien en "Zoé" reconoce hidalgamente la influencia del maestro de la crítica chilena: "A Hernán Díaz Arrieta, el que resultó novelista gracias a sus consejos..." En "Rahab" es aún más explícito: "A mi buen amigo Hernán Díaz Arrieta, mi casi co-autor, con el agradecimiento y el afecto de Benjamín Subercaseaux".

Eduardo Barrios, el "Gran Señor y Rajadiablos" de la vida campesina: "Para Hernán Díaz Arrieta, que no necesita adjetivos de dedicatoria para saber cuánto admiro su labor y qué afecto siento por él".

Juan Guzmán Cruchaga con su "Lámpara encendida" para Alone, gran escritor y nobilísimo amigo con la viva admiración y afecto de siempre".

Mariano Latorre en sus "Cuentos del Maule": a "Hernán Díaz Arrieta "conteur" de fina psicología y crítico de equilibrado buen gusto".

Marta Brunet, la inquieta adolescente de Chillán, que entró a la fama tras el certero espaldarazo del propio Alone, en "Montaña adentro": "A Hernán Díaz Arrieta, el papá de este libro, cariñosamente". Y cuarenta años después, en su "Antología de Cuentos": "Para Alone, de alguien que él hizo".

Daniel de la Vega, en "Los momentos": "A Hernán Díaz Arrieta, el autor de todos mis cariños y de todas mis simpatías".

Julio Barrenechea, uno de nuestros más jóvenes Pre-

mios Nacionales, en "El mitin de las mariposas": "Para Alone, cuya palabra alentó un día el vuelo de estas mariposas".

Y para cerrar la ya larga lista de Premios Nacionales, Neruda, nuestro Premio Nobel. En "Veinte poemas de amor...": "Para Alone, su compañero Pablo Neruda". Otra: "Para Alone esta barcarola que viene del mar. Su viejo amigo y admirador". En "Navegaciones y regresos": "También para Alone" Y en "Cien sonetos de amor": "Para Alone, extraordinario escritor, innecesario político. Su lector Pablo Neruda".

En la apretada fila de libros que Alone ha recorrido tantas veces con sus ojos de águila, se pone de pie en ocasiones, la fina ironía de Coke o el clásico humor de Genaro Prieto. "Un muerto de mal criterio": En su primera página el autor "saluda a su querido amigo Hernán Díaz Arrieta y le envía ese difunto que, después de haber juzgado a tanta gente, sólo aspira a ser juzgado".

Las repisas están atiborradas de obras llegadas de todos los rincones del país y del exterior, con las más sutiles dedicatorias. Así, Luis Durand en "Tierra de Pellines": "Para el señor Hernán Díaz Arrieta, con cuya vasta cultura, y serena altura de miras para emitir sus juicios, se honra "La Nación". O bien, en "Mudanzas del tiempo", Luis Oyarzún, escuetamente: "A Hernán, entre Santo Domingo y Lo Gallardo, sobre una hamaca". Enrique Espinoza en "Tres clásicos ingleses de la pampa", "para el sorprendente Alone, isla ignota en nuestro archipiélago literario".

De la incomparable Magdalena Petit: "Para Alone, al que le debo mi carrera literaria". De Ernesto Montenegro: "Al crítico de todos los críticos, el buen padrino de "Mi tío Ventura". De Efraín Barquero en "Poemas infantiles": "Para Alone, uno de los cuatro grandes de la literatura chilena". Y en "Enjambre": "A don Hernán Díaz Arrieta, a la belleza de su vida solitaria. A su presencia poderosa en todos los escritores".

Con no menos fervor acusan su presencia los grandes estadistas. De tal manera, don Arturo Alessandri Palma en "Chile y su Historia", que dedica "al talentoso y gran crítico chileno Alone", al que "desea muchas felicidades para el nuevo año", 1946, y a quien pide que "al juzgar su modesto trabajo tenga presente que no es un profesor quien habla sino un ciudadano amante de su patria; deseoso de despertar en la juventud el patriotismo desorientado por la demagogia". De tal manera, asimismo, Gabriel González Videla en sus recientes y celebradas "Memorias": "...al afamado escritor y crítico literario, don Hernán Díaz Arrieta, con mi íntima gratitud por sus comentarios generosos y profundos con que ha querido magnificar el valor histórico de estas "Memorias", colmando mi espíritu de viejo ex gobernante y de mal autor, de indescriptible júbilo y alborozado orgullo".

Y desde el exterior, es un día José Ma. Velasco Ibarra, el veterano Presidente del Ecuador; y otro, Juan Bosch, desde Santo Domingo, en su "David", biografía de un rey: "A mi admirado Alone, con todo el afecto de mi tierra".

¿Para qué seguir?

En la sombra luminosa del recuerdo, quedan Pedro Prado, con su fresca y ancha sonrisa; Augusto d'Halmar, con su porte majestuoso; Salvador Reyes, el navegante impenitente, con sus singladuras por todos los mares; Angel Cruchaga, con su prosa religiosa y diamantina; Dublé Urrutia, con su "Fontana cándida"; Iris, con sus apasionamientos y rebeldías; Rebeca Matte, con "la emoción de haber sentido las palabras de su hija penetrada en una alma exquisitamente comprensiva". Max Jara, con sus "Ojitos de pena". Alfonso Bulnes, con sus refinadas "Viñetas". Manuel Rojas, con sus "Lanchas en la Bahía", sobrecargadas de agradecimiento. Y tantos más, cuya sola enunciación se hace imposible. Hemos pretendido levantar un tanto el velo del pasado y hacer salir de su silencio a los más preclaros valores de nuestra literatura, en demanda de un puesto de honor en el homenaje que hoy rendimos bajo el generoso alero de "El Mercurio".

Sergio Fernández Larrain